Vida en la ruta de la muerte

Alberto Nájar

Alberto Nájar es productor para México y Centroamérica de la cadena británica BBC World Service. Periodista especializado en cobertura de temas sociales como narcotráfico, migración internacional y trata de personas. Durante 10 años hizo reportajes de investigación en el suplemento Masiosare de La Jornada. También fue reportero de asuntos especiales en los diarios Milenio y El Centro. Coautor del libro Horas infaustas: la tragedia del News Divine *(Ririki), y fue seleccionado en la antología* Grandes Crónicas Periodísticas *(Comunicarte). Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), y diplomado en periodismo económico por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Obtuvo el primer Premio Nacional de Periodismo a la mejor corresponsalía extranjera otorgado por el Club de Periodistas de México, así como el primer Premio de Periodismo Parlamentario de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, en la categoría de reportaje.*

Sur. Veracruz. Las Patronas.

Al abrir la puerta de su casa la sorprendió una joven arrodillada. "Por lo que más quiera, madre, ayúdenos", suplicó.

Era casi medianoche. Las calles de La Patrona, un barrio de la cabecera municipal de Amatlán de Los Reyes, Veracruz, estaban apenas iluminadas.

La joven hondureña había llegado en un tren de carga junto con cientos de personas indocumentadas, todas de Centroamérica. Su novio fue acuchillado cuando la defendió de un intento de violación.

Una situación muy frecuente en México, donde los trenes de carga se han convertido, desde hace más de una década, en casi el único transporte para cientos de miles de migrantes que pretenden llegar a Estados Unidos.

El camino siempre fue peligroso, pero desde 2006 cuando el gobierno mexicano emprendió la guerra contra el narcotráfico, se convirtió en una ruta de muerte.

La pareja de hondureños lo supo de forma cruda, y cuando el tren se detuvo en Las Patronas la mujer bajó desesperada en busca de ayuda.

Alguien le dijo que Norma Romero Vázquez podría ayudarla, y sin pensarlo corrió hasta su casa. Allí estaba, la mujer de rodillas mientras su pareja perdía sangre sobre el techo de un vagón.

"Sí te voy a ayudar, pero levántate primero", le dijo Norma. Diez minutos después las dos mujeres llegaron a las vías donde el tren se había detenido. De las casas cercanas llegaba un poco de luz. En la penumbra, decenas de personas la rodearon. "Ayúdanos, madre", repetían.

Han pasado más de 15 años pero Norma recuerda claramente el encuentro. Al llegar a las vías, cuenta, "me cubrió un frío intenso desde la cabeza a los pies. Sentí mucho miedo, y pensé: Señor, si tú me pusiste aquí, eres el único que me va a ayudar. Y se me quitó el frío".

Norma dijo que sólo podría ayudar al herido. "Está bien", respondieron quienes alcanzaron a escucharla. "Si le ayudas a él nos ayudas a todos".

Del techo del vagón bajaron al enfermo, un joven inconsciente de piel negra con mueca de dolor. Lo tomaron de las piernas, juntos los talones, mientras otros lo recibían con los brazos abiertos.

Se parecía a Cristo que descendía de cabeza, recuerda aún emocionada Norma.

La escena marcó su vida. Hacía tiempo que su fe católica estaba en crisis, desconcertada por la vida relajada del sacerdote encargado de la parroquia de Amatlán y la doble moral de sus colaboradoras y algunas monjas.

"Por eso cuando vi que bajaban al muchacho como si estuviera crucificado dije: Señor, ahí estás tú", dice la robusta mujer blanca con pecas y pelo castaño.

Norma y sus hermanas pasaron el resto de la noche al cuidado del herido. Ningún médico quiso atenderlo, temerosos de involucrarse en problemas legales. Las mujeres pusieron sal en las heridas del muchacho y rezaron el resto de la madrugada hasta que reaccionó.

Se quedó con ellas durante varias semanas al lado de su novia, y cuando recuperó fuerzas volvió al tren. A veces la pareja envía cartas desde Estados Unidos.

Esa noche de 1997 Norma reactivó el motor espiritual que había extraviado. Lo encontró justo a unos pasos de ella, en su madre Lucila Vázquez, quien desde hacía varios meses cocinaba unos kilos de arroz y frijol para los migrantes.

A partir de ese momento la robusta mujer se acercó a la cocina de su madre, y luego llegó otra hermana, después una prima...

Las mujeres corrían diariamente a las vías en cuanto escuchaban el silbato del tren, cargadas de cajas con bolsitas de comida y agua.

Los migrantes empezaron a llamarles Las Patronas, no sólo por el nombre del barrio sino como una forma de respeto. En México y Centroamérica se llama patrona a una mujer con autoridad, pero que también cuida y vela por sus hijos. Y es quizá la mejor definición para Norma y sus compañeras.

El grupo ahora está formado por 14 mujeres, familiares y vecinas del barrio que todos los días sin descanso cumplen con su "servicio", como llaman a la tarea de preparar y entregar comida y agua.

Quince años después aprendieron las costumbres y vericuetos de La Bestia, como muchos llaman al ferrocarril de carga que viaja desde el sureste mexicano. Saben a qué hora pasan los convoyes, cuándo trae migrantes en el lomo y hasta aprendieron las señales de los maquinistas, quienes activan o apagan el silbato o las luces para advertir de algún herido, o de la presencia de delincuentes entre los migrantes.

Como las personas indocumentadas a quienes alimentan, Las Patronas ataron su vida al tren.

Con cada bolsa de comida y las botellas de agua alivian el dolor de un largo viaje donde los migrantes enfrentan, en cada kilómetro el riesgo de secuestros, accidentes, asaltos, extorsiones, golpes, enfermedades, abusos sexuales, calor, frío, soledad.

Informes de la Comisión Nacional de Derechos Humanos indican que anualmente se cometen unos 20 mil secuestros en la ruta migratoria que cruza México. La cantidad podría ser mayor, pues la mayoría de los casos no se denuncian.

Las cifras dan igual a las 400 mil personas que oficialmente ingresan sin documentos migratorios cada año al país. Sólo saben que su camino será peligroso. Que al cruzar la frontera de México emprenden la ruta de la muerte.

Las razones del éxodo

La Patrona siempre ha visto pasar el tren.

Los más viejos recuerdan los largos convoyes cargados con azúcar, combustible, granos o cemento, que se alternaban con otros más cortos, de pasajeros.

Era raro ver que alguien viajara de “trampa” o “mosca”, como se dice a quienes se mueven en trenes de carga, y resultaba aún más difícil que esas personas fueran centroamericanas.

El panorama cambió en 1997, cuando el huracán Mitch devastó a Honduras y parte de Guatemala. Para Centroamérica el desastre natural agudizó la profunda crisis económica y social que dejaron dictaduras militares y guerras civiles.

Una herencia de desempleo y violencia, con miles de jóvenes enrolados en pandillas de la Mara Salvatrucha o la Mara 18, enfrentadas a muerte desde su nacimiento en Los Ángeles, California. La respuesta de los gobiernos de El Salvador, Honduras y Guatemala fue una política de mano dura que devino en represión a los jóvenes.

El huracán acabó con las poquitas señales de esperanza en la región. Cercadas por la violencia, deshecha la posibilidad de encontrar empleo, cientos de miles de personas emprendieron camino al norte.

A La Patrona empezaron a llegar trenes con 10, 20 personas en los vagones, luego otros con 50 y un día aparecieron convoyes con cientos. Pronto dejaron de ser la excepción.

Muchos de los pasajeros de La Bestia nunca habían salido de sus comunidades, otros tenían alguna experiencia en países vecinos. Pero todos son parte del mismo entorno. Comparten modismos de lenguaje, comida, costumbres. Salvadoreños, guatemaltecos y hondureños son ciudadanos de la misma región. Pero al pisar territorio mexicano se convierten en extranjeros vulnerables a todos los abusos.

Arroz y frijoles

El arroz se cocina en una enorme cacerola de casi un metro de diámetro sobre dos ladrillos que resguardan un fuego encendido con trozos de madera. Los frijoles se cuecen igual, sólo que dentro de una olla de 20 litros sobre otra fogata.

Desde hace más de una década Las Patronas preparan así la comida que ofrecen a los migrantes.

En el solar de la casa familiar, a unos 25 metros de las vías del tren, las mujeres llegan todos los días muy temprano a cocinar, lavar botellas usadas de pet para rellenarlas con agua, cortar trozos de pan que meten en bolsas de plástico.

Algunas buscan en una tienda departamental de Córdoba el pan que no logra venderse, mientras que otras recorren las escuelas de la zona para recoger las botellas usadas que les recolectan maestros y alumnos.

Y así todos los días. El arroz y los frijoles se empiezan a preparar a las 10 de la mañana: mientras una de ellas enciende el fuego, dos más limpian 15 kilos de arroz y 20 de frijol.

Esta vez la encargada de cocinar es Daniela Romero, sobrina de Norma y una de las más jóvenes del grupo. Con paciencia espera a que el fuego sea tan intenso que no se apague al colocar la cacerola. Luego calienta dos litros de aceite y suelta el arroz.

Es la parte fácil, cuenta. Lo más complicado es mover y mover el grano con una pala de madera, y después calcular la cantidad necesaria de agua y sal para que la comida tenga un buen sabor porque, como dice Norma, "los muchachos deben comer como cualquiera de nosotras".

Preparar arroz y frijoles es sólo la primera parte del servicio. Norma y otras Patronas también lavan los envases en una pileta, los llenan con agua y los amarran en pares con un trozo de hilo.

Cuando llega el pan, y a veces algunos kilos de tortilla que les regalan, las mujeres se reúnen para llenar las bolsas con comida. Y luego aguardan a que pase el primer tren.

En la espera Daniela cuenta que su hijo está a punto de terminar el curso escolar que no fue tan sencillo por la actitud de la maestra. Luego hablan sobre un negocio para arreglar el cabello que se abrió en Córdoba.

Parece una reunión común de mujeres en algún barrio mexicano.

Las Patronas, que han salvado muchas vidas con sus guisos y a quienes muchos en México y en el mundo consideran heroínas, son mujeres sencillas que destinan parte de su tiempo para ayudar a otros.

Sus recursos son tan limitados como los de millones de mexicanos. La diferencia es que ellas los comparten con desconocidos.

Un gesto de solidaridad y fe, dice Norma, pues gracias a Dios cumplen a diario con su servicio.

"Cada vez que entrego comida siento mucha alegría en el corazón", dice Daniela Romero. "Es una satisfacción grande que alguien podrá comer aunque sea un poquito en ese tren".

¿Pero es sólo la mano de Dios la que entrega bolsitas de comida y botellas de agua en los trenes? Ciertamente no, porque durante décadas Las Patronas han enfrentado problemas muy terrenales.

En la década de los 90, por ejemplo, la Ley General de Población de México prohibía ayudar a las personas indocumentadas. La legislación, escrita en forma muy general, permitía a los agentes del Instituto Nacional de Migración (INM) decidir cuándo un gesto de solidaridad era o no un delito.

Los abusos eran cotidianos. "Los de Migración reclamaban que entregábamos comida", recuerda Norma. "Otras veces llegaban las patrullas a llevarse a los muchachos de las vías, y nosotras salíamos corriendo para que no los golpearan".

En 2010 se modificó la ley. Desde entonces, en teoría, entrar a México sin documentos migratorios no es delito. Pero las letras en el papel no cambiaron la persecución a los centroamericanos.

El hogar de las patronas

Guadalupe González Herrera apenas contiene las lágrimas cuando habla de su familia.

Es un tema difícil. Ayudar a los migrantes es una tarea que a Las Patronas les deja reconocimiento internacional, bendiciones de migrantes y halagos de organizaciones civiles.

Pero en el hogar de las 14 mujeres, el servicio también genera problemas. Los maridos de algunas no entienden por qué sus compañeras dedican tanto tiempo a atender a desconocidos, que para colmo, dicen, son extranjeros.

Incomprensión. Es uno de los mayores problemas de las Patronas. Así ha sido siempre. Cuando empezaron a repartir

comida en las vías, los vecinos del barrio les decían "las locas que andan corriendo atrás del tren".

De la burla pasaron al reclamo. Varias veces los vecinos denunciaron a los migrantes ante la policía, y recientemente exigen que las Patronas coloquen botes de basura en las vías para depositar los desechos que dejan los hambrientos que pasan en los trenes.

Pero los vecinos son el menor de sus problemas. Hasta ahora, las mujeres han escapado del acecho de bandas de tratantes de personas que operan en Veracruz.

Esos "compañeros", como les llama Norma, no se han aparecido en el barrio. Pero están cerca, y para cuidarse las Patronas aplican una estrategia básica de seguridad: se comunican permanentemente con activistas de derechos humanos, evitan hablar del tema ante los periodistas y sobre todo confían en el instinto.

A lo largo de los años aprendieron a reconocer las señales de peligro. Una vez, por ejemplo, llegó a su casa una hondureña que decía haber sido asaltada en un tren. Pero a diferencia de otras personas indocumentadas, ella vestía ropa limpia, calzaba zapatillas nuevas y traía un bolso de mano. "Y eso no cuadraba con los migrantes", cuenta Norma. La muchacha sólo pasó una noche con las Patronas.

¿Es suficiente el olfato para escapar del peligro? No, responde Julia Ramírez. La mayor protección es la confianza, dice, "que si haces bien no te puede ir mal".

Una confianza que parece funcionar en la guerra contra el narcotráfico que vive México desde fines de 2006, donde los migrantes y quienes les ayudan son los más vulnerables.

La confianza en su servicio les ha librado de peligros. Norma recuerda que una vez bajó del tren un joven silencioso, de aspecto duro y hostil que a pesar del calor se abotonaba la camisa hasta el cuello.

Resultó ser un expandillero mara que huía de una sentencia de muerte en Honduras. Con la camisa de manga larga se cubría los tatuajes para evitar que sus compañeros de viaje lo arrojaran a las vías.

Estaba solo. Por completo. Cuando Norma habló con él "se puso a llorar. Decía: madrecita, yo no quería hacer esas cosas, pero no tuve de otra".

Un involuntario gesto de tristeza aparece en la cara redonda y pecosa de la mujer. "Me di cuenta que una persona que parece tan mala, que a lo mejor hizo algo horrible, es como nosotros".

Norte. Cohahuila: entre la migra y los zetas

Se llama La Migra. Es una perra color miel, de raza indefinida que casi todo el día duerme en el patio del albergue Belén Posada del Migrante en Saltillo, Coahuila.

La perra recibe con indiferencia las caricias de las personas indocumentadas, y sólo parece moverse para buscar agua, comida o escapar del sol.

Su tranquilidad es engañosa, cuenta Juan José, uno de los voluntarios del albergue.

"Cuando alguien llega con malas intenciones o un delincuente quiere entrar al albergue empieza a gruñir y ladrar", dice. "Los huele antes que nosotros".

De ahí su nombre. La Migra ha resultado más efectiva que las medidas cautelares que el gobierno de Coahuila se comprometió a brindar después de un robo de computadoras y documentos que sufrió el albergue en 2009.

Por esos días el albergue sufría un intenso hostigamiento de bandas de traficantes de personas, y el robo fue una señal del peligro inminente.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) exigió medidas cautelares al gobierno mexicano para proteger el albergue y especialmente al sacerdote jesuita Pedro Pantoja Arellano, cofundador de la posada.

El gobierno de Coahuila envió entonces una unidad policiaca para vigilar el albergue, dentro de una colonia popular al norte de Saltillo. Los primeros días los policías cumplieron con su tarea, pero al paso del tiempo el vehículo empezó a ausentarse y ahora aparece sólo esporádicamente. Por eso La Migra y su desconfianza se volvieron fundamentales para la seguridad de los migrantes.

La historia ilustra la vida cotidiana en Belén Posada del Migrante, uno de los albergues más grandes del país y, para muchos, la última esperanza para sobrevivir a la ruta de la muerte.

La posada forma parte de una red de casas de migrantes apoyadas por la Iglesia Católica. Gracias al trabajo de sacerdotes, religiosas y voluntarios laicos ha sido posible conocer el infierno que padecen las personas indocumentadas, especialmente centroamericanas, que cruzan México.

Los albergues son pedacitos de esperanza en una ruta de miles de kilómetros que inicia en el sureste, y que para los sobrevivientes concluye en alguna ciudad vecina a Estados Unidos.

Es un viaje que inicia en la frontera entre Guatemala y México, especialmente en Tecún Umán, pueblo de unos 35 mil habitantes, donde las personas indocumentadas esperan la oportunidad de cruzar el Río Suchiate, que separa ambos países.

Tecún Umán está lleno de calles terregosas con decenas de prostíbulos, centros de esclavitud sexual, donde muchas víctimas son niñas, adolescentes y mujeres migrantes atrapadas en su viaje al norte.

Aquí nació en 1995 la Casa del Migrante de la orden católica scalabriniana, que dirige el sacerdote Flor María Rigoni, y casi en la misma fecha se creó la Casa de la Mujer, a cargo de las Misioneras Oblatas del Santísimo Redentor, un grupo de religiosas que rescatan víctimas de la esclavitud sexual.

Unos kilómetros al norte, en territorio mexicano, el tren solía detenerse en Tapachula, Chiapas, una calurosa ciudad que durante más de un siglo fue el principal centro de comercio de café en el país.

Fue también la estación de donde partía el ferrocarril, pero desde 2006, tras el huracán Stan que devastó parte de las vías, el servicio está suspendido. Es parte de la ruta migratoria al norte y también la puerta de salida para quienes son deportados o se ven obligados a volver por sufrir un accidente.

Por eso en Tapachula existe el refugio más singular de América Latina: el albergue Jesús el Buen Pastor que fundó Olga Sánchez, la única persona en México dedicada por completo a cuidar los cuerpos mutilados por La Bestia.

En los patios y habitaciones de la casa descansan niños, adolescentes, mujeres y hombres que perdieron algún brazo, pierna o mano en su camino.

Olga sabe del dolor. Cuando era pequeña perdió algunos dedos, y desde la adolescencia una fuerte afectación del estómago hizo del sufrimiento un compañero cotidiano.

A unos 250 kilómetros al norte de Tapachula, en el municipio de Arriaga, Chiapas, empieza el camino de La Bestia. Existen varios retenes militares y del Instituto Nacional de Migración, y para librarlos, las personas indocumentadas suelen caminar por brechas donde frecuentemente son asaltadas.

Cotidianas historias de miedo que se escuchan en el albergue Casa del Migrante Hogar de la Misericordia de Arriaga, dirigido por el sacerdote Heyman Vázquez, quien en 2011 fue detenido durante 12 horas por militares a quienes sorprendió interrogando migrantes, sin tener autoridad para hacerlo.

La siguiente estación del ferrocarril es Ixtepec, Oaxaca, donde existe uno de los refugios más conocidos en el camino de La Bestia, Hermanos en el Camino, fundado en 2007 por el sacerdote Alejandro Solalinde.

El religioso vive amenazado de muerte por su trabajo en defensa de los migrantes, a tal punto que ha tenido que salir del país para salvar su vida.

Hasta ahora las autoridades no han identificado a los autores de las amenazas, aunque el sacerdote acusa al exgobernador de Oaxaca, Ulises Ruiz, y a traficantes de personas vinculados al cártel de Los Zetas, uno de los más peligrosos de México y Centroamérica.

De Ixtepec el tren sigue su ruta hacia Veracruz, donde los pasajeros de La Bestia están literalmente a la intemperie.

Hace unos años funcionaban albergues en Tierra Blanca y Orizaba, dos poblaciones donde se detiene el ferrocarril, pero protestas de vecinos —incitados por traficantes de personas— obligaron su cierre.

En esa región del sureste mexicano el único refugio es el albergue La 72 de Tenosique, Tabasco. Su director, Fray Tomás González, varias veces ha sido amenazado de muerte.

En su camino al norte el tren se encuentra con Las Patronas y sus bolsitas de comida y agua, y sigue un largo trayecto donde prácticamente nadie protege a su cargamento humano.

En Apizaco, Tlaxcala, el ferrocarril hace una parada que aprovechan bandas de plagiarios y tratantes de personas para cazar a sus presas.

Apenas el convoy se detiene decenas de delincuentes, protegidos por Los Zetas y autoridades locales, atrapan hombres y mujeres y los encierran en casas de seguridad, casi siempre a unos pasos de la vía férrea.

Los hombres son obligados a entregar un número telefónico de sus familiares en Estados Unidos o Centroamérica, al que llaman los secuestradores para exigir rescate.

Con las mujeres es distinto. Los tratantes eligen a quienes nutren sus redes de esclavitud sexual; otras son alquiladas como empleadas domésticas y el resto paga un rescate por su liberación.

Es una industria añeja. Tlaxcala es, según organizaciones mexicanas e internacionales, el mayor centro de acopio de esclavas en América Latina.

Quienes sobreviven a Apizaco llegan a la colonia Lechería, en Tultitlán, Estado de México, un municipio vecino a la capital del país, donde hasta hace poco funcionaba el único albergue para migrantes en el centro de la República.

El sacerdote Hugo Raudel Montoya perdió una batalla de varios años contra vecinos y policías municipales que se oponían a compartir su espacio con indocumentados.

La Diócesis de Cuautitlán prometió reabrir el albergue en el municipio contiguo de Huehuetoca. Pero el proyecto está en el aire porque allí también hay oposición a tener a extranjeros como vecinos.

Desde el Estado de México la siguiente parada del tren es Saltillo, Coahuila, un largo trecho de casi medio país donde los pasajeros de La Bestia suelen encontrar sorpresas: extorsión de policías locales en Querétaro, agresión de vecinos en Guanajuato, ataques de guardias privados del tren en San Luis Potosí, nuevos secuestros.

Cuando llegan a la Posada Belén del sacerdote Pantoja ya llevan semanas y miles de kilómetros de recorrido. Los zapatos rotos, la ropa sucia o los moretones en las piernas son muestras de ese largo viaje.

Pero sobrevivir a medio México no sólo se nota en el cuerpo. El infierno de La Bestia está dentro, en el alma rota de muchos migrantes.

César chávez

El sacerdote Pedro Pantoja conoció el purgatorio de la migración en 1962, cuando vivió tres meses en un campo agrícola de California.

Miles de campesinos mexicanos trabajaban bajo el sol implacable del llamado Valle de la Muerte, sin apenas beber agua, con comida escasa y presos cotidianos de la insalubridad y enfermedades.

Por esos días el mítico César Chávez, activista social y defensor de derechos de las minorías, iniciaba una revolución en los campos de hortalizas y frutas en el oeste de Estados Unidos.

Pantoja compartió un mes esa batalla que cambió para siempre la vida de los jornaleros y otros trabajadores, la base de la economía estadounidense.

Supo entonces que los migrantes serían fundamentales en su misión sacerdotal, pero hasta 1994 tuvo oportunidad de concretarla. Ese año la empresa Altos Hornos de México, una de las mayores compañías acereras del país, se fue a pique y dejó a miles de trabajadores desempleados. Muchos intentaron viajar a Estados Unidos para escapar de la crisis, pero se encontraron con que el presidente demócrata William Clinton empezaba a cerrar la puerta de su país.

Con la operación Río Grande primero, en Texas, y la Operación Guardián después, en California, el gobierno estadounidense construyó una barrera física y virtual en su frontera sur, que desde entonces ha empujado al río migratorio por caminos cada vez más peligrosos.

Ese 1994 los despedidos de las mineras fueron las primeras víctimas. Miles se quedaron en la frontera sin dinero, comida o refugio. Pantoja estaba en Eagle Pass, Texas, y rápidamente consiguió permiso para instalar en Ciudad Acuña, Coahuila, un albergue para los varados.

La casa fue el cimiento del proyecto Frontera y Dignidad, una iniciativa social que pretendía no sólo auxiliar a

los migrantes sino crear condiciones para que la vida fuera equilibrada y justa.

Ésa fue "la base de todo el trabajo migratorio", recuerda el sacerdote.

Una semilla de justicia en una zona donde la miseria, abusos laborales y violencia son comunes, pero que se volvió peor a partir de 2000, cuando llegó el éxodo de centroamericanos que huían de la devastación en su tierra.

En el cauce de ese río humano está Coahuila. Su capital, Saltillo, donde el tren suele detenerse, se convirtió en una nueva estación migratoria. "Una ruta maldita, sumamente dolorosa", lamenta Pantoja, y que al paso de los años se ha vuelto peor.

Al principio los guardias de los trenes, todos miembros de empresas privadas de seguridad, arrojaban a los polizontes desde el techo de los vagones, el convoy aún en movimiento.

Como no lograron detener el flujo decidieron atacar. En 2000 asesinaron a los adolescentes hondureños Delmer Alexander Pacheco y David, de apellido desconocido. Un año después mataron a pedradas al hondureño Ismael de la Cruz.

Para el jesuita ése fue el parteaguas en su misión. Supo entonces que el camino para los migrantes sería aún más difícil.

Guerra abierta

Migración sin papeles y violencia son una vieja mezcla, pero en el caso de México ha llegado a niveles extremos. El país, asegura Jorge Bustamante, exrelator especial sobre los dere-

chos de las personas migrantes de la ONU, es "el campeón mundial" en abusos.

Ya lo presentían en la Diócesis de Saltillo, que concentró su trabajo con migrantes no en la frontera, sino en la capital de Coahuila.

En su oficina, frente a una serie de pantallas de televisión con los que monitorean la actividad de la posada, Pedro Pantoja recuerda los primeros días. "Vimos que era urgente establecer un albergue, ya no tanto para que los migrantes coman, duerman, descansen, sino para que no los mataran", recuerda.

No fue un proceso fácil. La diócesis prestó una casa que funcionaba como bodega, mientras él y varios sacerdotes conseguían comida. "Tuvimos que comenzar con una pobreza extrema, sin ayuda, sin comida porque la urgencia era, sobre todo, la vida de los migrantes".

El dinero era sólo parte del problema. En Saltillo los migrantes tampoco son bien vistos por la comunidad. Los policías locales suelen detenerlos sin motivo. Después unos vecinos realizaron protestas para exigir el cierre del albergue.

Pantoja dice que fueron ataques "intencionales" organizados por personas ajenas a la comunidad, pues la diócesis había hecho una labor intensa entre los fieles para que aceptaran el refugio.

El trabajo rindió frutos, presume el sacerdote, pues se formó una red de solidaridad que ha sido fundamental para mantener con vida a la posada.

Pero quizá la clave de su sobrevivencia es que Pantoja y su equipo supieron que ayudar a los indocumentados significa más que ofrecer comida, agua y una cama para dormir.

"Sabíamos que para interpretar, comprender el camino de la migración, no bastaba una casa. Teníamos una visión muy amplia de que la migración tiene muchas vertientes", cuenta mientras observa de reojo las pantallas de televisión.

El tiempo, y la guerra contra el narcotráfico, le dieron la razón.

La puerta del infierno

Años después del nacimiento del albergue Belén, el papel de los migrantes ha cambiado. Antes eran personas en tránsito a Estados Unidos que pasaban desapercibidas para la mayoría de los mexicanos. Ahora se han convertido en mercancía para los cárteles de narcotráfico, especialmente Los Zetas.

El grupo criminal, creado por exsoldados de élite, vivía fundamentalmente del tráfico de droga pero al romper su alianza con el Cártel del Golfo se vio obligado a buscar nuevas fuentes de ingreso. Y los migrantes fueron la presa fácil.

En poco tiempo controlaron a todas las bandas de traficantes de personas en Tamaulipas, su principal centro de operación, y se trasladaron después a todo el noreste y sureste mexicano.

La delincuencia organizada encontró dinero en el secuestro y en la venta de mujeres como esclavas sexuales, pero también carne de cañón para sus trincheras en la guerra contra otros cárteles.

"Buscan víctimas más vulnerables, y entonces se avientan sobre la migración. No les cuesta nada. No tienen que

enfrentarse con el ejército, la policía federal, vienen racimos de gente humana, es una ganancia a la mano", dice Pantoja.

Los Zetas no sólo controlaron el tráfico humano, también aplicaron su estrategia de terror y crueldad que aprendieron con grupos paramilitares y excombatientes de las guerras civiles en Centroamérica.

En el albergue esperaban un crecimiento de la violencia, pero no a los niveles que pronto aparecieron. A las puertas de la posada empezaron a llegar migrantes sin heridas aparentes en el cuerpo, pero con el alma desgarrada por las experiencias del camino.

Muchos han sido encerrados en casas de seguridad, a veces con otros secuestrados. A quienes se rehúsan a entregar el número telefónico de familiares que podrían pagar su liberación, los plagiarios los asesinan a golpes frente a los demás.

A otros los mutilan, o los cuelgan desnudos de los pies para golpearlos con tablas. Muchas mujeres son violadas, y algunas se convierten en esclavas sexuales del jefe de la banda.

Cuando escapan los migrantes se llevan el infierno con ellos. En la posada Belén se creó un área de atención psicológica para ayudarlos a reconstruir, en lo posible, su alma.

Hacen lo que pueden. Ramón, un espigado adolescente de 14 años con ojos almendrados que lleva tres meses en el albergue es un ejemplo. Cuando llegó permanecía en silencio, algunos pensaban que era mudo. Tras varias semanas de terapia empezó a hablar, y a contar su historia.

Huye de Honduras porque su familia está amenazada de muerte. Su hermano mayor es miembro de la Mara y a finales de 2011 su mamá recibió un mensaje: o se largaban del pueblo o todos serían asesinados.

El muchacho decidió esconderse con un primo en Los Ángeles.

"Me agarré el tren pero en Veracruz se cayó un compa que venía con nosotros. Le cortó las piernas y gritaba, gritaba. Luego en Apizaco mataron con un palo a otro que no se dejó subir a una pick up. Mi primo se asustó mucho y en el DF se siguió en bus. Yo no tengo lempiras ni dólar y por eso subí al tren hasta aquí".

Es un diálogo lento. Las frases aparecen despacito, como si el adolescente las pensara demasiado. No es eso. A Ramón todavía le cuesta entender lo que vivió y, peor aún, aceptar lo que sigue.

Tiene miedo de seguir adelante porque sabe que fuera del albergue, las calles de Saltillo, las vías del tren y los kilómetros que siguen hasta la frontera, son territorio de cacería para Los Zetas.

No puede regresar porque su madre sería asesinada por los pandilleros. Para Ramón los próximos días son lo mismo. A donde se mueva será una presa.

Manos de esperanza

Hacia el norte de Saltillo, en lo alto de un cerro seco y gris, se ve una enorme estatua de Jesús de Nazareth con los brazos abiertos.

Un gesto que parecería contradictorio con la realidad. Apenas al salir de Saltillo los migrantes se encuentran en el territorio más controlado por las bandas de traficantes de personas, que trabajan para Los Zetas.

Fue en un sitio de esta zona, al este de la estatua, donde 72 personas indocumentadas fueron asesinadas en un rancho de San Fernando, Tamaulipas.

Pedro Pantoja suele decir que México es un cementerio de migrantes. Y tal vez tenga razón, porque los secuestros y asesinatos de personas indocumentadas no cesan.

Pero tampoco se apaga la luz de esperanza que representa el sacerdote jesuita y otros que, como él, diariamente se meten al infierno para arrancar de los criminales a sus víctimas.

En la frontera norte el gobierno de Estados Unidos levanta muros para tratar de impedir el flujo de personas. Del otro lado, en México, las puertas de los albergues siempre están abiertas para recibirlos.

A pesar de todo, dice Pantoja. "Si alguien pensó que la violencia, asesinatos y amenazas serían como un ejemplo de lo que nos podría pasar, se equivocó", asegura. "Fue al revés. Ni a mí ni a nadie del equipo nos creó una barrera, un obstáculo que nos amedrente".

Las voces de la guerra

Daniela Pastrana